

la cabeza con una silla; y unas cuantas gotas de sangre caían de su oreja derecha.

La madre, las hijas y la criada, le rodearon y le examinaron.

Cuando al entrar las cuatro quisieron levantarle para echarle en la cama, le oyeron murmurar:

—Estoy perdido... ¡Me han muerto, me han muerto!

VIII.

Transcurrieron algunos meses, y llegó la primavera. Hablábase en la calle de Choiseul del próximo matrimonio de Octavio con madame Hedouin.

Las cosas no iban, sin embargo, tan de prisa como parecía. Octavio había recuperado su antigua posición en el almacén de la viuda, y continuaba desarrollando la condición del establecimiento de Mad. Hedouin, quien desde la muerte de su marido no podía salir adelante con los negocios de la casa que se aumentaban.

Su tío, el viejo Deleuze, obligado á permanecer en una butaca por su reumatismo no se ocupaba de nada, y como era natural, el joven que era muy activo, dominado por su pasión al gran comercio, llegó poco á poco

á adquirir en aquella casa una importancia decisiva.

Por lo demás, avergonzado de sus imbéciles amores con Berta, le importaba ya poco la cuestión sentimental, y lo único que procuraba era sacar partido de la mujer, bajo el punto de vista utilitario.

Su bello ideal era convertirse en socio de Mad. Hedouin, y empezó á preparar las cosas para realizar su sueño dorado.

Con este motivo, recordando su conducta ridícula cuando trató de hacerla la corte, la consideraba como á un hombre, que era como ella quería ser mirada.

A partir de este instante sus relaciones fueron íntimas, y permanecían muchas horas encerrados en el despacho, ante los libros de caja y las facturas.

En otro tiempo, cuando se prometió seducirla siguió toda una táctica, procurando abusar de sus debilidades comerciales; pero esto había cambiado. Entonces no calculaba, ahora sí. Ya ni siquiera la deseaba, por más que conservase el recuerdo de las esperanzas que le había hecho concebir en el baile de las bodas de Berta.

Más valía ser buenos amigos que no correr las aventuras de una pasión.

La casa exigía mucho orden y era una

necedad pretender de ella, caso de que él la amase, separar su atención del comercio que tanto la interesaba.

Sentados los dos uno enfrente del otro en el escritorio, se ocupaban con frecuencia de sí mismos, después de haber examinado los libros y resuelto los pedidos que habían de hacerse á las fábricas.

Él evocaba sus antiguos sueños de comercio en grande escala. Había sondeado al propietario de la casa próxima y estaba seguro de que vendería con mucho gusto su propiedad. En este caso despedirían al paraguero y al de la tienda de juguetes de al lado y harían de las dos tiendas una, estableciendo una sección especial de sedería.

También Mad. Hedouin le oía con la mayor admiración, con mucho gusto, aunque sin atreverse todavía á lanzarse por el camino donde quería llevarla el joven dependiente; pero á medida que le oía hablar, formaba un gran concepto de las facultades comerciales de Octavio y experimentaba hacia él una viva simpatía, cosa muy natural, al ver que el joven había adquirido afición al trabajo, al observar el fondo serio y práctico de su carácter, y todo esto bajo el aspecto de una galantería y de una amabilidad la más á propósito para estar al frente

de una tienda como la suya. Al mismo tiempo demostraba el joven un fuego, una audacia, de la que ella carecía, que no dejaba de causarla impresión.

En una palabra, poco á poco ganaba terreno el dependiente, y dominaba á la fría y orgullosa Mad. Hedouin.

Una noche que estaba entregado á sus habituales tareas, dijo Mad. Hedouin á Octavio.

—Ya he hablado con mi tío y consiente en que compremos la casa inmediata.

—Pero si realizamos nuestro plan, la interrumpió el joven con alegría, arruinamos á los Vabre.

Ella se sonrió y murmuró, como echándole en cara su ingratitud.

—Según eso los odia V., y sin embargo, V. es el último que debería desearles mal.

Jamás le había hablado Mad. Hedouin de sus amores con Berta, y esta brusca alusión le puso de mal talante, obligándole á balbucear algunas explicaciones.

—No se moleste V., añadió ella, á mí nada me importa, al contrario, siento haberle dirigido esa alusión; me había prometido no hablarle jamás de tal asunto. En último término la culpa no es de V.; tanto peor para la que no sabe defenderse; los

maridos son los que deben velar por sus mujeres, cuando estas no saben guardarse.

Como estas palabras indicaban que madame Hedouin no estaba enfadada, experimentó el joven al oirla un gran consuelo.

—Cuando me ha interrumpido V., iba á decir que, si compro la casa próxima y duplico así la importancia de los negocios, me va á ser imposible vivir sola. No voy á tener más remedio que volver á casarme.

Esta indicación consternó á Octavio. ¿Cómo? ¡Tenía ya un marido en proyecto y lo ignoraba!

En un instante vió perdidos todos los trabajos que con tanta paciencia había elaborado.

—Mi tío, continuó Mad. Hedouin, es el que me lo ha aconsejado. ¡Oh! pero no corre prisa, aún llevo luto y esperaré hasta el otoño. Por mi parte no me casaría, pero en el comercio hay que poner el corazón á un lado; la prudencia y la necesidad exigen este sacrificio: aquí es preciso un hombre.

Mad. Hedouin planteó la cuestión de su nuevo matrimonio del mismo modo que si se hubiera tratado de comprar géneros ó de realizar un negocio mercantil.

Octavio fijó una vez más en ella su atención, y casi sintió no haber aprovechado la

ocasión de intentar otra vez convertirse en su amante.

—Es un asunto grave que exige reflexionarse, balbuceó, por decir algo.

Del mismo parecer debió ser Mad. Hedouin, quien aludiendo á su edad, añadió:

—Soy ya vieja, tengo cinco años más que usted, amigo Octavio.

Al oír esto adivinó el joven el pensamiento de Mad. Hedouin, y extendiendo sus manos añadió:

—¡Oh, señora! ¡Oh, señora!

Pero ella se levantó y se dispuso á marcharse, diciendo:

—Basta; basta por hoy... Tiene V. excelentes ideas, y es natural que piense en V. para realizarlas. Este plan ofrece algunas dificultades y es preciso vencerlas. Por más que parece V. ligero á primera vista, en el fondo es V. serio. Estudie V. por su parte el medio de realizar mi propósito; yo á mi vez le estudiaré, y poco á poco, con calma, en el momento en que el trabajo no nos asedie, ni nos preocupe, volveremos á hablar del asunto.

Las cosas permanecieron de este modo, durante semanas y semanas.

Las compras y las ventas marchaban á las mil maravillas.

Como Mad. Hedouin conservaba al hablarle su voz dulce y agradable, sin que se escapase la menor muestra de ternura, Octavio por su parte hizo otro tanto, y afectó una gran tranquilidad, dejándolo todo á la lógica de los hechos.

Los dos esperaban, sin hacer caso de los comentarios ni de las habladurías que empezaban á circular, acerca de su intimidad.

En la calle de Choiseul, todos cuantos los conocían, juraban y perjuraban que el matrimonio proyectado se había realizado ya.

Octavio dejó su habitación para ir á instalarse en la calle Nueva de San Agustín, cerca de la tienda de que iba á ser amo.

No visitaba á ninguno de sus antiguos vecinos: ni á los Campardon, ni á los Duveyrier, que se mostraban escandalizados por las últimas escenas de que había sido héroe. El mismo portero, M. Gourd, cuando le veía afectaba no reconocerle, para no tener necesidad de saludarle. Sólo María y Mad. Juzeur se detenían á charlar con él un instante, cuando le encontraban en el barrio. Madame Juzeur le interrogaba cariñosamente sobre sus relaciones con Mad. Hedouin. Hacía todo lo posible por decidirle á que fuese á su casa á hablar de aquello.

María se quejaba amargamente de hallarse otra vez en cinta. Le refería el asombro de Julio y la cólera terrible de sus padres.

Cuando la noticia de su próximo matrimonio fué oficial, se sorprendió Octavio, al ver que, una mañana le hizo una gran reverencia M. Gourd. Campardon le envió, desde la acera de enfrente, por medio de señas el testimonio de su antiguo afecto, y Duveyrier fué á la tienda una noche á comprarse unos guantes, mostrándose muy fino con el joven. Los irritados vecinos de la casa de la calle de San Agustín empezaban á perdonarle.

Por lo demás, la casa había recuperado su aspecto solemne, su tinte de honradez. Detrás de las puertas no quedaban más, sin duda, que nuevos abismos de virtud.

El vecino del piso tercero iba á trabajar una noche por semana; la otra, madame Campardon, subía y bajaba por la escalera la rigidez de sus principios. Las criadas ostentaban delantales de una blancura inmaculada; y en medio del silencio de la escalera, los pianos, en todos los pisos, seguían ejecutando los mismos walses y las mismas polkas.

Sin embargo, el recuerdo del adulterio persistía.

Augusto se obstinaba en no admitir á su mujer en el domicilio conyugal, y mientras que Berta permaneciera con sus padres el escándalo no se borraba. Ningún vecino contaba públicamente la verdadera historia, que perjudicaba á todos. De común acuerdo, aunque sin entenderse, decían á todo el mundo que, las diferencias entre Augusto y Berta, procedía de una riña por dinero.

Esto era más tolerable. Podía hablarse del asunto delante de las señoritas, formulando la cuestión de esta manera: los padres de la joven pagarían ó no pagarían los diez mil francos que habían prometido darle en calidad de dote. Así el drama perdía todo carácter peligroso, porque ningún habitante del barrio se asombraba ni se indignaba al saber que, por una cuestión de dinero, habían reñido marido y mujer; pero en el fondo las cosas eran lo que habían sido, la casa, á pesar de su calma ante la desgracia, sufría cruelmente en su dignidad. Duveyrier era, sobre todo, como dueño del inmueble, el que soportaba el peso de aquel inmerecido infortunio. Desde hacía algún tiempo Clarissa le hacía sufrir de tal manera que, en ocasiones, hasta lloraba en presencia de su propia mujer.

Sin embargo, el escándalo del adulterio

rio le había herido en el corazón. Veía á los que pasaban mirar á su casa de arriba á abajo, aquella casa que, su suegro y él habían ornado con las virtudes domésticas. Aquello no podía durar. Hasta hablaba de purificar la casa por su propia honra, é invocando los fueros de la decencia pública, aconsejaba á Augusto una reconciliación. Por desgracia éste resistía, instigado por Teófilo y Valeria, que se habían instalado en su almacén y tenían á su cargo la caja. Como el negocio de Lyon iba mal y la venta escaseaba, Duveyrier concibió una idea patriótica.

Los Josserand debían desear únicamente librarse de su hija. Augusto podía ofrecerse á recogerla siempre que le pagasen el dote de cincuenta mil francos que le habían ofrecido. Era muy posible que el tío Bachelard, movido por sus ruegos, soltase aquella cantidad. Hizo la proposición á Augusto, y al pronto se resistió á entrar en aquella combinación: aunque le dieran cien mil francos no le indemnizarían; pero después, ante la dificultad de poder recoger las letras que vencerían en Abril, entró en razón y escuchó los consejos de su cuñado que le hablaba en nombre de la moral; añadiendo que, la reconciliación que deseaba era, á la vez,

una buena acción. Cuando estuvieron acordes, Clotilde llamó al cura Manduit para que entablase las negociaciones. El asunto era delicado; sólo un sacerdote podía intervenir sin comprometerse. Precisamente el cura experimentaba un gran pesar por las deplorables catástrofes que habían ocurrido en una de las casas más importantes de su parroquia y había ofrecido sus consejos, su experiencia y su autoridad, para poner fin á un escándalo que alegraba á los enemigos de la religión. A pesar de todo, cuando Clotilde le habló del dote, rogándole que fuese á tratar con los Josserand de las condiciones de Augusto, bajó la cabeza y guardó un silencio doloroso.

—Es una deuda lo que mi hermano reclama, añadió la joven.

—¡Cómo ha de ser! Cumpliré vuestros deseos, dijo por fin el cura.

Los Josserand esperaban, de un día á otro, alguna proposición por el estilo. Sin duda Valeria había hablado, y los inquilinos discutían las cosas.

¡Estaban tan apurados, que se verían obligados á guardar á su hija en casa!

¿Encontrarían los cincuenta mil francos para librarse de ella? Desde que la cuestión se había planteado, Mad. Josserand es-

taba fuera de sí. ¡Cómo! después de tantos trabajos para casar á Berta, ¿iba á ser necesario hacer nuevos sacrificios? ¿Iba á tener que ocuparse de nuevo en buscar el dote? ¡Y todo esto por culpa de aquella estúpida, que se había olvidado de sus deberes!

La casa era un verdadero infierno. Berta sufría las consecuencias, y hasta su misma hermana Hortensia, furiosa por tener que compartir el lecho con ella, no pronunciaba ni una sola frase, sin dirigirla una alusión mortificadora. Hasta llegaron á echarle en cara el alimento que la daban. Cuando se tenía un marido, era indigno comerse los manjares de la casa paterna. Al verse en esta situación, la joven desesperada, se acriminaba el ser cobarde; sentía deseos de bajar, arrojarse á los piés de Augusto y decirle: «mátame para que acabe de ser desgraciada.»

M. Jossierand era el único que se mostraba cariñoso con su hija; pero su estado era lamentable; los disgustos que había experimentado agravando su enfermedad, le obligaban á permanecer en el lecho.

El doctor Juillerat le asistía, y manifestaba que su enfermedad era una descomposición de la sangre, y que veía muy difícil, casi imposible, su curación.

—Cuando con tus disgustos hayas hecho morir de pena á tu padre estarás satisfecha, ¿no es verdad? Decía Mad. Jossierand á su hija.

Trataba la madre de tal manera á Berta, que la joven no se atrevía ni aun á entrar en el cuarto del enfermo.

Mad. Jossierand tomó al fin una determinación. Resignada á humillarse una vez más, invitó á comer al tío Bachelard. La orgullosa señora hubiera dado con gusto los cincuenta mil francos si los hubiera tenido, y esto sólo por no tener en su casa á aquella hija casada, cuya presencia la deshonoraba; pero no los tenía, y era preciso recurrir á su hermano. Además, tenía noticia de que éste había cometido graves faltas, y si no se mostraba generoso con ella, estaba dispuesta á hablar claro de una vez para siempre.

Ya sabemos que Bachelard no era, ni con mucho, al sentarse á la mesa un modelo de educación. Aquella vez llegó un poco embriagado, porque después de la pérdida de Fifi se entregaba á continuas libaciones para olvidarse de su triste pesadumbre.

Mad. Jossierand no invitó á nadie para que no la pusiera en ridículo.

A los postres se quedó dormido, y fué preciso despertarle para conducirlo al cuarto de M. Jossierand.

Todos los accesorios para la comedia estaban admirablemente preparados. Cerca del lecho del enfermo había dos butacas, una, para Mad. Jossierand y otra para el tío. Berta y Hortensia estaban de pié á su lado.

La cuestión era saber si Bachelard se atrevería á mentir una vez más en presencia de un moribundo.

—Narciso, exclamó Mad. Jossierand. ¡Ya ves que la situación es grave!

Y con voz lenta y solemne explicó la sensible desgracia de su hija, la venalidad del marido, la penosa necesidad en que estaba de darle los cincuenta mil francos para que cesase el escándalo que deshonoraba á toda la familia. Después añadió:

—Acuérdate de que nos los has ofrecido. La misma noche en que se firmó el contrato de boda, nos aseguraste bajo tu palabra de honor, que Berta podía contar con los nobles sentimientos de su tío.

¿Dónde están esos sentimientos? Ha llegado la hora de darles á conocer.—¡Esposo mío!—añadió dirigiéndose al enfermo,—¡Une tus ruegos á los que yo he formulado; indica á mi hermano cuál es su deber!

A pesar de su profunda repugnancia, el padre á quien habían enseñado la lección murmuró:

—Es cierto, Bachelard; nos hicisteis esa promesa. ¡Que yo vea antes de morir que os portáis con nosotros como es debido!

Berta y Hortensia con la esperanza de enternecer al tío, le habían dado á beber más de lo regular, y estaba en tal estado que no había medio de entenderse con él.

—¿Cómo, qué? murmuró. Yo no he prometido nada; no comprendo lo que queréis decirme. Repetídmelo otra vez.

Mad. Jossierand contó de nuevo la historia: hizo que Berta, que lloraba, le abrazase y le suplicase; alegó el triste estado de salud de su esposo; le demostró que dándoles los cincuenta mil francos, cumplía un deber sagrado; y al ver que todos estos esfuerzos eran inútiles, que se dormía, que no le impresionaba, cambiando de tono, dió rienda suelta á su ira y exclamó:

—Mira, Narciso, hace ya mucho tiempo que nos tienes embaucados; ¡eres un canalla! ¡haces una vida depravada y llena de indignidades! Acabas de casar á tu querida con tu sobrino y les has dado cincuenta mil francos, precisamente la cantidad que nos habías prometido. ¡Todo eso es horrible! El papel que hace tu sobrino es indigno; pero tú eres más repugnante aún que él. Nos dejas desamparados y prostituyes tu for-

tuna; si; la prostituyes robándonos para darle á ese miserable un dinero que nos pertenece.

Jamás se habia desahogado tanto como aquella vez.

Hortensia conociendo que no debía oír aquellas cosas, tuvo que ocuparse en dar la medicina á su padre para aparentar que no oía; el pobre enfermo en el colmo del abatimiento, se quejaba y decia con voz temblorosa:

—¡Yo estoy muy malo! ¡Por Dios, llevadme á otra parte para que yo no los oiga!

Berta á su vez lloraba á lágrima viva, y decia como su padre:—Basta mamá, no nos aflijas. Siento en el alma ser la causa de estas desdichas; prefiero morir en cualquier rincón.

Entonces Mad. Jossierand planteó la cuestión de una manera clara y terminante.

—¿Quieres, si ó no, dar los cincuenta mil francos, para que tu sobrina pueda levantar la frente?

Asustado por esta pregunta, contestó el tío dando explicaciones:

—Mira mujer, decia; encontré juntos á Guenlin y á Fifi, ¡qué iba á hacer! no he tenido más remedio que casarlos, la culpa no es mía.

—¿Quieres, si ó no, dar el dote que has prometido? repetía furiosamente.

Bachelard vacilaba; su borrachera llegaba hasta el punto de no hallar palabras con que responder.

—No puedo, murmuraba, palabra de honor; estoy completamente arruinado; sino fuera por eso, en seguida; ya sabes que tengo un buen corazón.

—Corriente, exclamó Mad. Jossierand: voy á reunir un consejo de familia para pedir que te declaren pródigo.

Al oírlo, se apoderó de Bachelard una gran emoción. Miró á la habitación, miró á su hermana, ¡todo lo vió, todo lo halló siniestro! Miró al moribundo que sostenido por sus hijas, tomaba una cucharada de un líquido negro; y entonces se puso á sollozar, acusando á su hermana de no haberle comprendido nunca. Habló de lo desgraciado que le hacía la traición de Guenlin. Expuso que era muy sensible lo que hacían, invitándole á comer para luego darle disgustos. Por último, negándose á entregar los cincuenta mil francos, ofreció toda la sangre de sus venas.

Mad. Jossierand conoció que sus fuerzas la abandonaban, cuando la criada anunció al doctor Juillerat y al cura Manduit, que se habían encontrado en la escalera y entraban

juntos. El doctor encontró al enfermo en peor estado.

Cuando por su parte el cura deseó llevarse á la sala á Mad. Josserand para comunicarle una noticia importante, ésta, adivinando que se trataba del dinero respondió con majestad, que se hallaban en familia y que podía decir allí cuanto quisiera, añadiendo que, hasta el mismo doctor no estaría demás, porque un médico era también un confesor.

—Señora, dijo entonces el cura con benignidad, no vea V. en este paso que doy más que el deseo ardiente de reconciliar á dos familias.

Y continuó hablando del perdón de Dios, expresando la alegría que experimentaba al contribuir á poner término á una situación intolerable. Llamó á Berta mujer desgraciada, con cuyo motivo la joven volvió á llorar, y habló con un tono tan paternal, con una ternura tan suave, tan cariñosa, que todos le oían conmovidos. Sin embargo, tuvo que aludir á los cincuenta mil francos, añadiendo que, en cuanto esa formalidad se cumpliera, los esposos estarían reconciliados de hecho.

—Señor cura, permítame V. que le interrumpa, dijo Mad. Josserand. Los esfuerzos

que hace V. para reconciliar á mi hija con su esposo serán siempre objeto de nuestra más viva gratitud; pero sepa V. que nosotros no traficamos ni traficaremos nunca con el honor de nuestra hija. Sabemos todo lo que pasa. Su marido y sus hermanos estaban reñidos y se han reconciliado. Reconciliación movida por el odio que les inspira mi hija. Sabemos á qué atenernos, y ya comprende V., señor cura, que si nos sometiésemos á lo que V. viene á proponernos, sería una vergüenza.

—Con todo, se atrevió á decir el sacerdote.

Mad. Josserand le interrumpió, añadiendo:

—Ahí tiene V. á mi hermano, puede V. interrogarle. Cuando llegaban ustedes, nos decía: «Eleonora, te traigo los cincuenta mil francos, arregla las diferencias que tantos disgustos nos producen.»

Pues bien, señor cura, pregúntele V. cuál ha sido mi respuesta.

Levántate, Narciso, di la verdad.

Bachelard, que se había dormido en una butaca se despertó, pronunció algunas palabras incoherentes, y después, en vista de la insistencia de su hermana, puso la mano sobre el corazón, diciendo: